



# KONTAKIZUN IRABAZLE ETA FINALISTAK

I. Kontakizun lehiaketa

*Bakardadea*

# RELATOS GANADORES Y FINALISTAS

I. Concurso de relatos

*Sobre la soledad*



# I. KONTAKIZUN LEHIAKETA

*Bakardadea*

# I. CONCURSO DE RELATOS

*Sobre la soledad*

## **INFORMAZIO**

Argitalpen honetan NAGUSILAN ARABA elkarteak bakardadeari buruzko “I. Kontakizun Lehiaketan” aurkezturiko idazlan irabazle eta finalistak topatuko dituzu. Helburua adinekoen bakardadeari buruz sentsibilizatzea, idazketa eta irakurketa sustatzea eta nahi ez den bakardadearen inguruan herritarrak kontzientziaztea da.

.....

## **INFORMACIÓN**

Esta publicación contiene los relatos ganadores y finalistas del “I Concurso de Relatos sobre la soledad” convocada por la Asociación NAGUSILAN ARABA, con el objetivo de sensibilizar sobre la soledad de las personas mayores, promover la escritura y la lectura y sensibilizar a la ciudadanía sobre el tema de la soledad no deseada.

## **PRESIDENTEAREN AGURRA**

Nagusilan Elkartearen izenean eskerrik beroena lehiaketan parte hartu duten pertsona guztiei. Bakardadeari aurre egitea da gure helburua eta kontakizun hauek horren isla dira. Aurrera begira, ekimen honekin jarraitzea da gure nahia.

.....

## **SALUDO DEL PRESIDENTE**

En nombre de la Asociación Nagusilan agradecemos a todas las personas que han participado en el concurso. Nuestro objetivo es combatir la soledad y estos relatos son un reflejo de ello. Deseamos que esta sea la primera edición de muchas más.

**Joserra Ecenarro Arriola**  
Nagusilaneko Presidentea  
Presidente de Nagusilan



# *La Soledad*



La soledad no duerme la siesta,  
no se acuerda de la fiesta.  
Y para más “sin rin”,  
los familiares le cierran la puerta.

Por dar brillo a mi carácter,  
estuve varios meses en la soledad de mi cárcel  
Al final hubo un buen detalle  
Al dejar la soledad y conocer la libertad de  
pisar la calle  
.....

**Silvino Fernandez Loero, (92 años)**  
Usuario del CD Asistido Zadorra





## AURKIBIDEA / ÍNDICE

### KONTAKIZUN IRABAZLEAK / RELATOS GANADORES

#### *La Cama Fría*

Egilea / Autor: Emiliano Nieto.....11

#### *Itsasoz haratago bidaunea*

Egilea / Autor: Anjel Landa.....19

#### *Asilo*

Egilea / Autor: Tito Sánchez.....29

#### *Oroimen falta, bakardade handiena*

Egilea / Autora: Rosa Sastre.....33

### KONTAKIZUN FINALISTAK / RELATOS FINALISTAS

#### *Agustina*

Egilea / Autora: Celia Garai.....39

#### *Alguien tras las cortinas*

Egilea / Autora: Ana de la Hera.....45

#### *La vida en una noche*

Egilea / Autora: Silvia Romarate zabala.....51

#### *Mis amigos los libros*

Egilea / Autora: Carmen Fernández.....55

#### *Plaza de la soledad*

Egilea / Autora: Anjel Landa.....61

#### *Teresa*

Egilea / Autor: Javier Antonio Gómez.....69



# *La Cama Fría*

Emiliano Nieto

---

Saria / Premio:

**Arabako Lurralde Historikoan erroldaturiko pertsonak**

Personas empadronadas en el territorio histórico de Álava

Modalitatea / Modalidad: **castellano**

---

El profundo dolor que sentí en ese instante se asemejaba a un desgarró, lo más parecido a esguince. Algo así como el estiramiento de las fibras que provoca el desprendimiento de una roca en talud. Una lesión en la pierna izquierda con posible rotura parcial. Quizás no fuese mía toda la culpa. Yo había ido al choque con una intensidad menor. El jugador del equipo contrario me pediría perdón.

Tenía la extraña sensación que el ligamento roto iniciaba un baile alocado. La pasión futbolera me llevaba por el camino del infortunio. Con el tiempo vendrían las molestias, seguro. No había que ser un iluminado, una lumbrera para saber que eso podría suceder. Pero cuando somos jóvenes casi todo lo convertimos en adrenalina.

Pero había algo meridianamente claro. Este infortunio no me privaría de asistir por la tarde a mi primera cita. Me esperaba un “bombón” de chica quinceañera. Una hermosa mujercita, una vestal meliflua. Una diosa del Olimpo que se había dignado regalar la sonrisa de ninfa a un mortal, a un pequeño paria. Al menos, así me sentía en esos momentos.

Habíamos quedado en un lugar donde la música no agradaba, un guateque en casa de un amigo. La iluminación no suponía un mayor gasto energético. Bueno, realmente desconocíamos lo que eran luces led o los efectos visuales psicodélicos que con el paso del tiempo llamaríamos discotecas. Quizás tampoco nos importaba porque éramos ajenos a esas preocupaciones. ¡Eso eran cosas de la gente mayor!

Nuestro ingenuo mundo de jóvenes imberbes era otro.

En aquel espacioso salón, generosamente acristalado, entraban los últimos y cansados rayos de sol. La tarde fenecía entre unas lámparas de moda corriente y las mortecinas bombillas de escaso recorrido, que disimuladamente se camuflaban por las esquinas. Ese ambiente con algún cuadro claroscuro, hoy nos parecería algo super clásico, retro o vintage. En aquellos tiempos era lo que había, no conocíamos otro mundo.

Al llegar a la casa saludé apresuradamente a unos amigos y estratégicamente busqué un rincón para observarla. Ella me vio entrar y me sonrió. No obstante, nada más llegar y para romper esa timidez innata que me perseguía, me acerqué a una mesa y me serví un cubalibre. No le puse hielo para que el efecto alcohólico fuese más contundente. No quería que me atrapase la parquedad de la palabra y la persistente poquedad. Era un estigma visible contra el que luchaba.

Para no ser el bufón en un salón de bailarines intentaría acercarme a ella. Comprobar si su destello corporal era cierto y el limpio peinado flip, que le daba un toque de energía vital, era el secreto de la frescura y juventud. Disimuladamente y como un tonto miope observé el borde de la minifalda.

Estaba muy por encima de sus rodillas. Me pareció que me temblaban hasta los pliegues de los acampanados pantalones. Unos jeans ceñidos en los muslos y exageradamente anchos de la pantorrilla para abajo.

Me desabroché tres botones de la floreada camisa, tomé una bocanada de aire, vaso en mano y con la valentía que tiene un cobarde me acerqué a ella.

De repente, un golpe fuerte y seco me rompió el sueño. Abrí los ojos. Me desperté y todo era oscuridad. Una penumbra incierta que combinaba espacios oscuros con iluminados en aquella apacible habitación.

Una lejana bulla llegada del exterior, se filtraba por la entreabierta ventana de blanco pvc. El impacto frontal de dos vehículos me había estremecido. Me revolví en la cama. Dejé de soñar porque soñaba que había tenido un sueño. Quizás porque el propio sueño no había terminado de cumplir todos sus ciclos.

Tenía la boca seca, los ojos semiabiertos y la soledad por montera. Giré la cabeza a ambos lados y sentí una paz desconocida. Tal vez, y solo tal vez, la oscuridad había sido mi mejor compañera. Tan fría como un témpano de hielo. ¡Estaba solo! Por eso sonreí, porque el hombre cuando ríe esconde soledades.

Reconocí el espacio, exploré el terreno y despejé la mente. Estaba en mi hábitat, en mi cubil. Los ojos permanecieron abiertos, las persianas cerradas. No había nadie. Quien durante tantos años soportó mis preocupaciones y desvelos ya no estaba. Ahora me acompañaban los recuerdos y añoranzas.

El tiempo había pasado rápidamente. Los años como segundos. Lo que antes fue joven, ahora era caduco. Lo que antes resplandecía ahora era brillo. El cabello negro había perdido su textura rizada y firmeza. Ahora, cargando primaveras en el pelo me asemejaba a los zorros plateados. El resto del cuerpo, menos flexible y con más dolores. ¡Con motor averiado no se puede volar!

Con la parsimonia que da un espíritu calmo me escurrí hacia un lado de la cama. El dedo gordo del pie percibió el suave tacto de una alfombra lanosa. El “otro gordo” le acompañó en el recorrido. Al tiempo que me incorporaba pude ver las primeras luces de mi hermosa “Green Ciudad”.

En el pulverulento trasluz de la ventana los incipientes rayos de sol ahuyentaban a los negros lobos de la angustia, y respiré la frescura del aire. Volví a sonreír mientras escudriñaba lo más profundo de mi ser, no estaba triste. Tampoco quería permitírmelo, si es que realmente había algún motivo.

En los vetustos surcos de las arrugas de la cara se habían depositado unos sensuales destellos solares. La clara compañía de una música divina.

Recordé que alguien había dicho que pertenecíamos a esa generación única, de una edición limitada. Tal vez por eso ni quería ni podía ahondar en las oscuras simas de la melancolía, ni en soledades que traen los recuerdos. Si no nos derrotaron señores bajitos y generales, tampoco podrán con estas monomanías.

Por amor, por respeto a los demás y porque no quiero sembrar campos de nostalgia, no deseo claudicar y no quiero que nadie se rinda, que pierda su autoestima. Aunque siempre esté presente la maldita soledad.

Al tiempo que tomaba el Cola-Cao calentito de toda la vida, miré al cielo y se me escapó un suspiro. Me acordé de ella que ya no estaba. Aquella que me acompañaba en la mesa con desayunos variopintos y donde proyectábamos los eventos del día.

Cuando sus fuerzas flaqueaban le pedí que no se fuera. Me dijo que se iba a por una estrella que yo le pedí para jugar. ¡Algún día seguro que vendrá!

Un descuidado movimiento me recordó el dolor de la pierna. ¡Lo sabía! ¡Me seguiría “dando guerra” con el paso del tiempo! ¡Pero, para qué darle importancia! Era un alifafe más, una de las pequeñas molestias que arrastramos con los años.

Comencé a vestirme con cierto ritmo cansino, como uno de los vicios que denunciaba Larra. Echaba en falta un buen consejo con la prenda a elegir. Ella tenía mejor gusto que yo. En ese aspecto yo era algo basto, me faltaba algo de pulimento. En eso, como en el resto de las cosas, siempre he pensado que había que echar un órdago, y no solo en cuestión de vestimenta.

Pero ese hermoso amanecer presagiaba algo gris. Algo que me podía arrancar el alma. Tenía que visitar a un amigo, uno de los de siempre. Aquel compañero incondicional que jugaba en la calle cuando éramos críos. Y siendo mayor nos acompañaba en el último zurito. De esos que te ayudan a que el sirimiri del corazón pase.

Este infortunio iba a cambiar la escaleta del programa diario. Demoraría las actividades mentales y físicas. Me abrigué, calé la boina y salí a la calle para despedir a un txapeldun.

Entrando en su casa se me encogió el corazón. En ese momento comprendí que duelen los recuerdos. Si cantando duelen menos los dolores, yo no lo hice. Tampoco lloré, aunque estaba herido por un rejón de muerte.

¡Allí estaba! No había adoptado una posición sedente, estaba decúbito. ¡Porque estaba muerto! Su rostro sereno, radiante, y pálido especialmente luminoso. Abusivamente elegante con su traje negro. ¡Un hermoso traje negro! ¡Me imponía, me atrapaba ese traje negro! Posiblemente fuera el de sus segundas nupcias. Se había casado embelesado, en edad madura, sin ánimo de curar heridas con la nueva relación. ¡Y él, también estaba solo!

Sin embargo, a donde le llevara tan incierto viaje seguiría estando impecable, con el traje negro y su blanca palidez. Él se iba, a mí me dejaba con el cansado traje de la soledad.

Y no era el primero. Otros le habían adelantado en el camino. Y yo, que siempre me preocupaba por construir un mundo se me derrumbaba otro muro. Pero no, no voy a derrumbarme, esa palabra en mi enciclopedia no existe.

Ensimismado estaba en dudosas cavilaciones cuando sonó el celular. Por el tono de la melodía supe rápidamente quien era.

- ¡Abuelo! ¡Abuelo!

Mi pequeño microbio se desgañitaba por el móvil.

- ¿Cuándo vienes? ¿Me vas a leer El Gato tiene sueño o un TBO?

- De acuerdo. Y si te portas bien, veremos dibujos de Bob Esponja.



La emoción me ahogó. Un tórrido escalofrío. Un déjà vu diario. Un viento que rasga el alma. Uno de los regalos que nos da la vida. ¿De qué me puedo lamentar? Yo, el afortunado que velará sus adormecidas mejillas con las estrellas del cielo a una, mientras le trovo una nana.

Se había ido un amigo más, pero, aunque se me reduzca el círculo, no pienso bajar al averno de la melancolía. Hay más vida, algo que vivir, sin caer en locuras, llevando de la mano a los enfermos mentales. Con amor y respeto al prójimo, como así nos enseñaron los aitites y las amamas.

¿Quién soy yo para quejarme? ¿Qué tengo años? Pues sí. Dar gracias por las oportunidades diarias. Así lo digo y así lo siento. De lo contrario, no me reconozco. Cada mañana quiero poner otra muesca en la carrera de mi vida, ser el osado barbián batallando contra la nostalgia. Y aunque hay valientes sin miedos, yo los míos, ellos los suyos.

Las ahogadas palabras quebraban el aire. ¡Otro palo más en la rueda de la existencia! El tic-tac del reloj. Aprieto los puños, despliego las alas de paloma tripolina y sonrío, para vivir, porque respiro.

Y el tiempo se esfuma entre las manos. Actividades físicas para mantener el espíritu vivo, para mantener eso que llaman la condición cardiovascular y empatizar con ese equipo que ha perdido tanta flexibilidad.

Me ahogan los tarambanas y los mendigos sudando la hiel de sus atribuladas dolencias. De vidas con esquirlas en el ombligo. Los siento, les noto. Pero les cambio el paso.

Propongo mañanas soleadas de dormidos pájaros con sus trinos y los millones de ilusiones en una canción. No quiero que sean unas tristes mascotas sin afectos.

Por eso digo y repito en mi interior, ¡qué maravilloso es saber que puedes ayudar a los demás!

Voy con unos, vengo con otros, y nuevamente me atrapa el tiempo. La soledad que al abrigo de la noche se acerca. La indefensión ante los miedos. El obstinado reloj que acentúa las dudas y que te roba el aire.

Pero a mí no me van a engatusar las redes de tristezas y ausencias. Antes de que me atrape el tren de los sueños me voy surcando los mares como el alegre capitán de furiosos bucaneros. Sin prisas, sin dudas ni celos. Quiero ser un cochero del viento, el primero que despierte al crepúsculo de la vida.

El alígero corcel de las nubes que conduce los sueños me atrapa en la noche. Y me encuentro a solas, con mis gozos y cuitas, navegando en la serenidad del mar, sin tempestades, pero con resiliencia. No llevo el corazón herido o el alma lacerada. Solo tengo mi vida fatigada de haber visto muchas playas desiertas de afectos.

En este silencio aletargado, blanco, infinito, la noche amansa. Y en la compañía de la soledad encuentro una cama vacía y fría.

.....

# *Itsasoz haratago bidaunea*

Anjel Landa

---

Saria / Premio:

**Arabako Lurralde Historikoan erroldaturiko pertsonak**

Personas empadronadas en el territorio histórico de Álava

Modalitatea / Modalidad: **euskara**

---

“Ameriketara joan nintzan / zentimorik gabe...”

Bere heriotzaren urtemugan gure ama zena oroitzeko kuxta batean zokoratutako argazki zaharrez bideo labur bat osatzen hasi nintzen. Ehunka zuri-beltzez eta kolorez irudiak ziren, atzekaldean izenak edota datak idatzirik zera-mazkiten gutunazaletan gordeta. Han zeuden gure haurtzaroren aurrerapena, urtebetetzez urtebetetze, eta gurasoen ezkontzan lekukoak, alaitsu eta irrifarrez, eta aitak erretiroa hartu ondorengo bidaietakoak ere. Baina argazki guzti haien artean, geuk ezagutu ez genuen eta inoiz izan zen gaztea topatu nuen txundituta. Bere bizierari buruz, beregana gu iritsi arte behintzat, oso gauza gutxi kontatu zigun amak bizi izan zeneino.

Zerbait jakina bazen, lau urterekin Karmen ama galdu zuela sarritan entzun ohi genion. Donostiatik Madril aldera sendiak joan berri zirenean gerra zibila lehertzeko zorian zen. Oraingoan militar batzuk matxinatu ziren Errepublikako gobernuaren aurka. Laster, Madrilgo kaleetara hegazkinek bomba lehegailuak jaurtitzen zituzten artean, Karmen bostgarren umea erditzeko lana okertu zitzaion eta gure aitona etxe-

tik ospitalera eramaten erabaki zuen, amonak umea eduki ondoren bidean hil bazen ere. Hogeita hamar urte baino ez zituen. Halakoan ezbeharrak ez zuen etenik izan, zeren hurrengo egunetan umea ere hil bait zitzaien.

Gure amonaren argazki bi bakarrik aurkitu nituen kutxan. Batean, oso gazte, Donostiako argazkilari baten estudioan esku bat balaustrari eutsiz dago zutik, soineko luze batez jantzirik eta begirakune triste batez. Bestean, agidanean, estudioan bertan omen dago, baina oraingoan besaulki batean eserita eta ezkerreko besoan alabari eusten dio, semea alboan duela. Argazki bien artean urteak iragan direla nabarmen sumatu daiteke, batez ere, bere orrazkeran. Bigarrenean heldutasun kutsua ematen dio. Ordurako hogeita hiru urte izango zituen, dagoeneko ezkondata eta bi seme-alabaren ama. Hurrengo bost urteetan Gros auzoko etxe alokatuan beste seme bat eta gure ama zena jaio ziren, aitona Madrilen bizitzera tematu zen aurretik. Zenbat amets hondatu zitzaion bidean, zenbat bizierak egin zuen huts? Donostian geratu izan balira, beste biziera egonkorragoa edukiko ote zuketen? Nork daki. “Izan balitz” hori ez da inoiz izango. Argazkia bitan ikusita, begirakuneak ez du tristura azaleratzen, etsipena baizik, ondorengo urte gutxitan bizierak emango ziokeen hainbeste kolperi usaina hartu izan balio bezala.

Gerra amaiturik, eta militarrek garaile bilakatuz, ia berrogei urte iraun zuen zapalkuntzaren garaia garatu zen. Gezurre-tako garaipena zen, saldukeriaz zikindutako garaipena, Gernikan eta Otxandion errugabeen sarraskietako garaipena, alegia, lotsarik gabeko garaipena. Hiru urtetako epean gure amari neba eta ama hil zitzaizkion, aita Madrilgo espetxeetatik preso eraman zuten, tuberkulosiak jota ahizpa galdu

zuen eta beste neba biak Belgikan bizitzera bidali zituzten. Umetan umezurtz, gerra bukaeran aitona espetxeratu zute-nean, gure ama Madrilgo presondegi gehienetan berari bisitarik egiten eta ahizpa bakarraren biriketako gaixotasuna zaintzen neska bilakatu zen. Nola barneratu behar izan zitu-  
tuen hamar-hamabi urtetako neskatoak amaren falta, aitaren presoaldia eta ahizparen heriotza? Behar bada, tristurak edo bidegabekeriak jota baino hutsune osaezina, bakardadea-  
ren zama izango zen.

Amaren esanetan, familiako andereek belaunaldietan arras-  
taka eramaten zuten madarikapena zen. Hala nola Karmen  
amona oso gazte hil zenez gero, beste moduan izan arren  
baina, lau urte besterik ez zituela, berari ere Maria Josefa  
ama joan zitzaion. Tamalez, gure amari ezin kontatu zioten  
xehetasun guztiz bere amonaren ixtorio hori, nora eta Ame-  
riketara joan zen hogeita hamar urterekin alargundu zenean,  
alaba bi Gertrudis amaren kontura utzita.

Hernaniko kale Nagusian zeukan etxean Gertrudis berak  
gure amari jakinerazi zizkion abagune horiei esker, herriko  
familia baten seme-alabak zaintzeko Mexiko aldera joan  
zen berramona horren berri izan genuen. Eta ni, batik bat,  
harrapatu ninduen ixtorio horrek. Nolanahi ere, zer izango  
ote zuen buruan emakumeak tamaina horretako erabakia  
hartzeko? Lau eta sei urteren arteko alaba propioak amaren  
kargura utzirik, Atlantiko itsasoz haratago beste ezezagun  
batzuen seme-alabak zaintzeko. Agian, senideentzat sos-  
tengua izateko beharra izan zen. Gazte alargunduta, Gertru-  
dis ama bezala, bi alaba txikiekin eta baliabide ekonomikorik  
gabe, beharrak bultzatuko ote zuen lehenbizikoz itsasontzi  
batera igo zedin eta, itsaso zabala zeharkatu ondoren, Ve-

racruz portura iristeko hasieran eta handik Tampico hiriraino gero. Epe labur batean, Hernani bezalako herri batetik Mexikoko hiri handietara biziera eramán zuen.

Egun haietan, Mexikon, iraultza jazotzen ari zen, hogeí urtean zehar gelditu ezinik izan zena. Bururik gabeko edo buruzagi gehiegizko iraultza zen hura. Baina, zer sentituko ote zuen Maria Josefak herrialde arrotz batean eta anaien arteko gerra baten erdian bizi izaten? Hernaniko etxean alabak gazterian abiatu ziren bitartean, Mexikon beste umeetaz arduratu behar zuen berak. Halako zentzugabekeria! Nola jasan zezakeen ama baten maitasunak egunerokoa bereak ez ziren ume haien artean? Nik ez nuke inoiz ulertuko hamaika bizitza biziko banintz arren.

Bere seniderik maiteenengandik bakartuta, ziurrenik pazientziaz urrutitasuna pairatu behar izan zuen, noizean behin posta zerbitzuak zekarzcion gutunei esker arindua soilik. Joan-etorri luzeko posta-truke hartan Maria Josefak jakingo zuen alaba zaharrena Madril aldera joana eta bertan ezkontuta zegoela. Alaba txikiena, Karmen, Donostian ezkondu zen, baina hamar urte geroago familia osoarekin ahizparen ibilbideari jarraitu zion. Baina bera ez zen ospakizunetan egon, eta ez zituen ere suhiak eta bilobak ezagutu, argazkietan izan ezik. Nolabait, sendiengandik aldentze hori leuntzearren, gutunekin batera dirua eta opariak bidaltzen ohi zizkien.

Espainiako gerra garaian, Mexikon, Lazaro Cardenas presidenteak militar matxino haiekin edozein traturik ez edukitzeko agindu zuen, eta bidenabar Espainiarekin harreman guztiak eten ziren. Beraz, gutunak Hernanira bidaltzeari utzi zion, baita dirua eta opariak. Nagusi kaleko etxean jasotako azken

gutunetako batean argazki bat zetorren, bizitzaren ustekabeen gure amaren kutxan bukatu zuena. Ez dauka datarik, beraz, ezin jakin dut zein urtetan egina zegoen. Ziurtasun bat ere ez, pentsatzen dut 1930eko hamarkadako lehen urtetan egingo ziotela. Sepia koloreko argazkiaren kartoia zahartuta dago oso eta izkin bat falta da. Hor argazki-dendako helbidea irakurri daiteke: Tacuba 78. Mexiko hirian.

Anderea aulki batean eserita dago, oso tente, oso dotore. Soineko ilun bat janzten du, blusa antzeko kolkoa, aurrekaldean botoiak lotuta, idunean itxita eta papar-hegal bi erortzen zaizkio bularren gainetik. Ile beltz orraztua kokotean bildurik, baina bekokian kizkur bihurri bat aztoratu zaio. Eskuak elkarri korapilatuta gonaren altzoan ipini ditu. Ezpainak lotsaturik, begietan keinu tristea, kamarari so, argazkilaria irrifar pitin bat sorrerazteko saiatzen arituko bazen ere.

Mexiko eta Espainiaren arteko harremanak orduan ere etenda zeudela, Hernanin zein Madrilen biziraupeneko egoera oso larri bazen, are gehiago larritu zen Maria Josefaren berriak jasotzeari utzi ziotenean. Batez ere, Gertrudis atsoarentzat, alaba zaharraren bizieraz jakin ezean atseka-be handia eragin bait zion, eta mina hain handia zenez, epe laburrean hil zena. Nola edo hala, hura ez zen bidaiatzeko garairik egokiena, are gutxiago itsasoz haratago bidaunera joateko. Senideko inor ez zen bere bila joan eta bera ez zen Euskal Herrira itzuli.

Denborak gainerakoen ahanztura ahalbidetu omen zuen. Isilune bat nagusitu zen lagun.

Gure etxean, behintzat, ez zen elkarrizketetan gerra aipamenik egiten, ez eta Karmen amonaren amaiera tristeari oroi-

mena ere. Mexikora joan zen berramona horri buruzko lehenengo albistea izan nuen Ameriketara nire lehenengo bidaia egiteko bezperan. Orduan amak, garrantzirik gabeko zerbait bezala, bere amonaren gorabeherak kontatu zizkidan. Amak ez zuen ezagutzeko paradarik izan. “Pentsa, zure amonak lau urte besterik ez zuen bere ama Mexikora joan zenean” esan zidan. Sendiek zekiten bakarra 1939. urte arte heldu ziren gutunena zen, ordurarte Tampico hirian bizi zela. Baina amak zalantza zuen, ezen, agian, gero Txileko Valparaiso portura joango ote zen edo ez. “Badaezpada, zuk aztertu ezazu joaten zaren hartan. Egun horietarako hila egongo da, baina igual zerbait aurkitzen duzu”. Egia esan, ez litzateke bizirik egongo, nire kontuetan, ordurako 106 urte izango bait zituen.

Lehenengo bidaietan ezinezkoa izan nuen, Mexikotik zertxobait urrunean nenbilen eta. Hirugarrenean, ostera, Mexiko hirira zuzen iritsi nintzen eta hoteleko logelan zegoen telefono-liburuxkan Otamendi abizena bilatzen gaua pasa nuen. Buruan milaka ixtorio asmatzen nuen, non horietako bakoitza aurrekoa baino zentzugabeago zen. Bertan berriro ezkondu balitz eta seme-alaba gehiago eduki balu, azkeneko hauek ez zuketeen Otamendi abizena eramango. Hala eta guztiz, Mexikora joaten nintzen aldiro berramonaren arrastorik bilatzen jarraitu nuen.

Halako batean, gurasoak Mexikora bidaiatzeko gogotsu azaldu ziren, zeren nik, Nikaraguan hilabete pare bat egon ondoren, Mexiko hirian itzulerako hegazkina hartu behar nuen. Behin hirian, berriro bildurik, zenbait gobernuko bulegotara hurbildu ginen informazioaren eske. Alferrrikako lana, hango burokrazian hainbeste urte eta gero atzerritar baten



aztarnak aurkitzen lortuezina izaten omen zen. Erabat ezi-nezkoa. Izan ere, ez genuen datu asko, gainera, herri hartan iraultza hasi zen urte berean Veracruz portura sartu zen. Badaezbada ere, iragarki personal bi ere jarri genituen “El Sol de Tampico” egunkarian, Maria Josefa Otamendi Gorostegi andeari buruzko edozein argibide eskertuz. Zoritxarrez ez genuen erantzunik jaso.

Dena dela, egunerokotasunak eta amaren gaixotasunak bilaketa hura luzatu zuten eperik gabe. Duela urte batzuk, azterketa batean amari biriketako minbizia aurkitu zioten eta urteetan horren aurka hortzez eta aginez borrokatuko bazuen ere, amore eman gabe, egunez egun ahuldutako gorputzan gaixotasunaren itzalak gero eta nabariagoak ziren. Ebakuntzek eta tratamendu latzek ezin gelditu zituzten hondamenaren pausoak minez ikusten genituen arren, ama bakarti egon zen lehia hartan azken arnasa eman arte. Ama hil zenerako, oraindik ez nekizkien Mexikorajoandako senidearen bizieran azken atalak. Neuk ere ez nuen inoiz uste izango ordudanik Mexiko nire bizieran ardatz nagusi bihurtuko zenik. Itsasoz haratago beste urrats bat emateko bihotz izan nuen. Bertan ezkondu nintzen, lan berri batean jardun nuen, baita semea jaio zen ere. Herritik urrun, odoleko senideengandik bakartuta, une jasangaitz asko zegoen. Bakar-dadeak josita, behin baino gehiagotan, berramonaren azken atal hori idazteko burutik pasa zitzaidan. Dagoeneko ez zen sendiaren inor bizirik egongo bera ezagutu izan zuenik. Beraz, ixtorioa idazteko hasieratik hasi behar nuen.

Hernaniko eliza liburuetan bere jaiotzegunaren aztarna aurkitu nuen. Zikuñagako ama birjina ospatzen zuten egun berean jaio zen Gertrudis Gorostegi eta Jose Franzisko Ota-

mendi senar-emaztearen lehenengo seme-alaba. Oraindik hogeita bost urte bete ez zituela, Eustakio Jokanoarekin ezkondu eta Pasaiako portura bizitzera joan zen, non alaba biak erditu zituen. Baina laster ezbeharrak jo zuen etxean, is-tripu batean senarra hil zitzaienean. Amak kontatu zidanaren arabera, alargun gazteak alaba bi, bere ama eta neba-ahizpak, Hernani eta ohiturak atzean utzi zituen, erabat aldaraziko zion herrialde ezezagun horretaraino bidegurutze batean engaiaturik. Biziera berriari egokitu behar izan zitzaion. Ziurrenik, Hernaniko etxera bidalitako gutunak gazteleraz idatziko zituen, edo bere ordezkari batek idatzi zizkion, euskara ahazturik, eta gero Gertrudis amak bere semeren batengana jo beharko gutunak irakur ziezaizkion.

Mexiko hirian bizi orduan, ez nuen inolako aukera galdu nahi izan eta argazki zahar horretan idatzita ageriko Tacuba kaleko 78 zenbakira hurbildu nintzen argazki-dendak zabalik jarraituko ote zuenez. Zoritxarrez, auzoan ez zekien inork argazkilariak ez eta inoiz bertan argazki-denda izan zenik. Duela gutxi, hala ere, kasualitatez Interneten bere bizitzari buruzko datuak aurkitu nituen. Izatekotan, oso datu trajikoak ziren: bere heriotza ziurtagiria. Agiriak aipatzen zuen legez, hirurogei eta zazpi urterekin Tampico hirian hil zen, 1946. urteko udaberriaren lehen ostiraleko egunsentian, zahartzaroko arteioesklerosis eta bihotz-gutxiegitasun baten ondorioz. Agiriak ere zehazten zuen ereduan, Ladrillera delako kalean bizi zen, ordurako hiritasun mexikarra eskuratu ahal zuen, hiltzerakoan etxeko lanetan ziharduen eta udal hilerrian lurperatu zuten. Gizaki baten bizitza osoa paperean laburbiltzen zen.

Azkenean, oso datu hotzak eta motzak ziren horiek: administrazio aldea. Alde gizakiagoa, behar bada, ziurtagiriaren lerro artean igarri nezake. Heriotza-unean ez zuen hurkorik ez eta lagunik ondoan, bakar-bakarrik zegoen, lekukoen iritziz. Eta nik uste dut bakardade hura aspaldidanik etorriko zitzaiola, 1910. urtean Euskal Herritik alde egin zuen une beretik. Bizitzaren erdia baino gehiago Mexikon bizi zuen, ziur aski, Tampico bertan, itsasoaren aurrean. Baina ez zen inoiz Hernanira itzuli. Ez zituen berriro seniderik maitatuenak ikusi. Ez zuen ere jakin gerra garaian alabarik gazteena hil zenik. Agian, zahartzaroan euskaraz amets egingo zuelakoan, bere buruari Hernaniko hizkeraz mintzatzen bukatu arte. Zentzugabeko esaldi solteak. Eta, nork daki, herriminak estuturik Itsaso zabal horretatik haratago begiratu balu, ilusioz eta itxaropenaz, non beste itsasertzean Urumea ibaia itsasoratzen den zokoa ikusiko zukeen, Hernaniko etxe aurretik zerion ibai berbera.

.....



# Asilo

Tito Sánchez

---

Saria / Premio:

**Nagusilaneko boluntarioak**

Personas voluntarias de Nagusilan

Modalitatea / Modalidad: **castellano**

---

No se cuántos días y cuántas noches llevo aquí. Al principio contaba los días. Bueno, al principio contaba las horas y hasta los minutos. Era el reloj de mi madre, ese reloj grande que usó también la abuela, el que me iba relatando el paso del tiempo. Fue invierno cuando llegué a aquella mi antigua casa. Lo recuerdo porque hacía mucho frío. La casa era demasiado grande, y para finales de otoño ya resultaba incómoda para vivir. En los meses de verano era tan agradable, por la fresca.

Con mis vecinas nos refugiábamos en la entrada, a la sombra del sol, y ¡qué partidas de cartas y qué de risas! Las tardes se pasaban volando, y al anochecer, sentadas en el poyo de la puerta, y mira que las piedras aún calientes de tanto sol, nos quedábamos charlando y contando las estrellas.

Pero, después de cada estación, le sacude la otra, y sin darnos cuenta se nos va la vida. En el pueblo ya no quedaba casi gente. El verano pasado la Eulogia tuvo una angina de pecho. Era graciosa todo lo que tenía. ¡Qué de chistes y de bromas! A la Eulogia, en su funeral le cantamos el coro del pueblo. Bueno, el del pueblo y el del pueblo de al lado, y ni

por esas logramos una conjunción de voces para hacerlo bonito. Cantamos sin más, aunque a la Eulogia poco le debió de importar, porque no movió ni una pestaña; aunque eso sí, la sonrisa de su boca no se le desdibujó, como si estuviera vivica. Como Eulogia, la Vicenta, que se llevaron los hijos a la capital, y es que apenas podía mover las piernas, con lo que había pateado toda su vida, fíjate que le apodábamos “la Galga”.

Eulogia, la Vicenta, Eufrasia, la hacedora de rosquillas, que siempre eran el postre compañero cada tarde, y luego yo. Nunca pensé que abandonaría ese espacio donde nací. Me casé, tuve hijos, los que Dios me dio. Fui feliz, muy feliz, pero como todas las amigas que se fueron yendo me fui marchando yo.

Cuando mi hijo, el más chico, me dijo que no podía quedarme sola en una casa que más parecía un convento, me entró una especie de tristeza. Pensar y pensar, y preguntarme por qué marchar.

Pero, cuando una llega a vieja, por mucho que el genio te salga al final no vale para nada. Así que tocó coger la maleta, la misma maleta que fue conmigo en aquel viaje fantástico que nos regaló la familia, porque ya eran muchos los años de matrimonio, tantos como cincuenta. A Camilo le vino bien y mal aquel viaje. Bien, porque disfrutó como un enano; pero mal, porque no sé lo que cogió que, a la vuelta, le entró una especie de catarro que se lo llevó al otro mundo. Solo me quedaron las amigas, que me han ido abandonando como las hojas en otoño se descuelgan del árbol que les diera la vida.

Y por estos lares navego ahora. Madrugo mucho, pero me dicen que haga cama, que no tengo huerta que cuidar, ni gallinas que den huevos. Así que me vuelvo para el camastro, y tirar a pensar.

Mis noches se hacen largas, y solo ese resoplido acompasado de Juliana, mi compañera de cuarto, me acompañan para hacer algo mas liviano ese espacio eterno que nos deja cada despedida de la tarde hasta la luz de la madrugada, que me avisa que aún sigo aquí, viva.

Mañana o pasado mañana vendrá de visita algún hijo o hija. Y es que como ya voy durando tanto, se turnan para no hacer tan pesada esa historia que yo llamo casi obligación.

Hoy miro el horizonte que dibuja el paisaje a través de las grandes cristaleras del salón donde nos agolpamos, los casi ciegos y sordos, y esos otros que navegan de un lado para otro soltando la misma letanía de siempre, esa locura viajera que cabalga en nuestra cabeza cuando en la piel se van tallando profundas arrugas.

.....





# *Oroimen falta, bakardade handiena*

Rosa Sastre

---

Saria / Premio:

**Nagusilaneke boluntarioak**

Personas voluntarias de Nagusilan

Modalitatea / Modalidad: **euskara**

---

Abuztuaren arratsalde polit bat izan zen Labastidan, egun osoan kukua abesten egona zen, eta, lokuluxkarako une bat estaltzen zuen zeru urdin eta isil batean gauza bera egiten jarraitzen zuen. Eguzkitan etzanda, Martina lorategiko belarra gozaten, eta, aldi berean, zerbait ulertzen saiatzen zen. Aitak memoria galtzen hasi zen bolada burura etorri zitzaion. Ezin zuten gertatzea ere irudikatu, gainbegiratzeak ziren, oso gizon despistatua zelako. Baina, maiz, kontakizunaren haria desbideratzen zuela kexatzen zen ama, berarekin denbora gehiena igarotzen zuena. Zoritxarrez legatz bati esker frogatuta geratu zen guztiontzat.

Eladioren zaletasun gogokoena sukaldean aritzea zen, Txoko Atxuritarrean bazkide sortzailea eta oso sukaldari ona izana zen. Igandeetan eta jaietan familiako bazkariak antolatu egiten zituen, ama laguntzailea besterik ez zen eta. Egunen batean, arraina eskuetan zituela sukalde erdian zalantzan geratu zen. Ez zeukan oraindik oroimen guztia galdua. Beraz, atzerantz joan beharrean, minutu batzuetan pentsakor egon zen, bai, konfiantza berreskuratzen. Prestatu gabeko legatz osoa ur lapiko batean sartu zuen, ordu batez egosten

utzi zuen, saltsa berde barik. Mahaian konturatu ziren besteak. Janaria hondatzea ez zitzaien importa baina errezeta gogoratzeko gai ez izatea kezkarria zen. Geroztik, oroimenaren kapritxoak jarraitzen oso tarte tristeak jasan behar zuen gizonak. Onartzea gogorra zen. Norbaitekin elkartzean urduri jartzen zen eta, mahuka hartuz, nor zen xuxurlatu egiten zion berarekin zihoanari, amari, Martinari edo suhiari. Horrelako kasuetan, edo antzeko egoeratan, bere ahuleziaz, bere hutsunez jabetzen zela agerian geratzen zen. Hurbiltasun hauetan eta besarkadetan, bihotzeko taupadak sentitu ahal ziren.

Hasiera batean memoria mantentzeko lehenaldiako pasadi-  
zoak kontatzen hasten zen Martina, ea aita jarraitzeko edo  
zerbait gogoratzeko kapaz zen. Gehiegi ez pentsatzeko edo  
lanpetuta izateko, mekanikoki egiten diren zatiketak eta bi-  
derketak jartzen zizkion, geroago kenketak eta batuketak.  
Alferrik. Norabiderik gabe aita urruntzen ikusten zuen Marti-  
nak prozesuan.

Ohetik altxata omen zen Eladio. Martinak bere ahotsa en-  
tzun zuen, *“Aizu, noiz goaz Bilbora?”*. Fisikoki bakarrik ez  
*dagoen arren, iluntasunaz beteta den basamortu batean*  
*egongo balitz bezala bizi da, beldurrez inguratuta*, pentsa-  
tu zuen alabak, eta, atsekabez erantzun *“Goiz, aitite, oporrak*  
*amaitzean. Orain ez da posiblea”*.

Etxe hori berea zen. Bere familia han zegoen, geratzen zi-  
tuen adiskideak han zeuden, diru arazorik ez zeukan, ezta  
beharrak ere, baina uda hartan heldu zenetik, behin eta berri-  
ro, gauza bera errepikatu egiten zuen, *“noiz goaz Bilbora?”*.  
Toldo azpian zegoen bizkarreko aulkian esertzea so egiten  
zuen Martinak. Bero itzela egiten zuen. Etxe barruan telebis-

ta ikusten zegoen emazteari deitu zion Eladiok, *“Etorri Emi, beitu zenbat txoritxuak zuhaitzaren adarretan”*. Bitxia zela bururatu zitzaion alabari, *Ez du nire izena ere gogoratzen, amarena, aldiz, bai!*

Ateko txirrina jo zuen. Izozki bat erosi nahi zuten umeak poz-pez sartu egin ziren, dirua eskatzen eta aititeri muxu bat ematen. Honek ilobek soberan duten ileari buruzko txis-tea bota zien irribarrez, berari falta zitzaiona konparatzen. *Bakarrik ilea izango balitz!*, pentsatu zuen Emiliak. Mutilek hamika aldiz txantxa hori entzunda zuten, baina ez zitzaien inporta alzheimerra zer zen bazekitelako. *“Aititeri txokolatezko bat ekarri”*, esan zien Martinak. Korrika mandatua egitera joan ziren, berriro bueltatu, eta berehala desagertu egin ziren, igerilekura ziur aski. Lorategira isiltasuna itzuli zen. Begirada galduta, urruna, aititek izozkia gustora zurruputzen zuen. Bidetik zetorren ezagun bat gelditu zen, hesiaren gainean besoak jartzen elkarrizketarako prest. Alabak aita bizkarreko aulki baten atzetik ezkututzen ikusi, eta berehala azalpen barik gizona agurtu zuen. Azalpenak ez dira beharrezkoak, jendea ulerkorra da eta.

Gizon arrazoizkoa izan zen beti, garbia, txukuna, udako sargorian birritan bainu bat hartzen zuena. *“Hotza egiten ez duenez, zergatik ez duzu dutxa bat hartzen?”*, ezetz esango zuela jakinez eta tematzekotan haserretu egingo zela Martinak galdetu egin zion. *Noiz naiz ni hori esateko?*, esango luke. *Berak badaki noiz hartu dutxa bat*, baina ez zekien, egin barik egunak pasatak ziren ahaztu egiten zitzaiolako, eta Martinak ez zuen gogaikartzea nahi. Senarra etortzear zegoen, eta, Jon konbentzituko zuelarekin isildu zuen. *“Non dago andre zahartxu hori?”*, galdetu zuen aitak txokolatzeko

izozkia amaitzean, galderari kasurik egin gabe. Andre zahar-txu hori Martinaren ama zen, bere adierazpen maitagarri bat. Emaztearen bila zihoan, emazte eta bere elkarrizketako gai nagusiarena: *Noiz goaz Bilbora?* Amamaren aurpegia ikus-tean, gehitu zuen “*Ez daude trenak?*”. Labastidan bilobe-kin uda guztietan bezala geratu nahi zuelako, gezurra bota zion amamak: “*Ez, ez daude trenik, autobusa bakarrik eta ez egunero*”. Sofan, bere ondoan mutu geratu zen. Gero eta zailagoa zela ezagutzea uste zuen Emiliak. Ez zen bidezkoa, bere bizialdi osoan sekula ez zuelako hain bakarrik eta ba-besgabe ikusi. Senarraren eskua hartuta, bere ahultasuna murriztea gustatuko litzaidake emakumeari.

Azkenean aitite lasaiago egotea itxaropenaz Bilbora joa-tea erabaki zuten. Hala ere, kontrakoa gertatu zen. Urduri-tasun biziarekin mugitzen zen, poltsan dana sartu nahian, arropa zaharra, altzariak... Ez zela beharrezkoa makina bat aldiz azaldu egin zioten, autobusaren ordua errepikatu ere, eta alkandoraz aldatzea ia-ia lortu zuen Emiliak. Agurtzean, hile erdianabiatzeagatik auzokideak harrituta utzi zuten. “*Jadanik ez duzu ezer zure lagunekin jakin nahi, Eladio, herri hau zeurea bezain ederra da!*”, zerbait esateagatik antzeko ideiak bota zizkioten. Zer erantzun jakin barik, inuzente, irri-barre egin zen. Eladiok ez zekien pertsona horiek nortzuk ziren. Geltokian, poltsikotik atera zituen txorizo zati batzuk bilobei eskaintzen zizkien bitartean, norbaitek nondik zeto-rreren mania hori galdetu zuen. “*Ez dakigu*” esan arren, barnez Bilbon bakardadea txikiagoa zela asmatzen zuen Martinak, pixka bat gehiago gauzak ezagutzeak itzelezko beldurra menperatzen laguntzen ziolako.

Igo zen ibilgailu modernoarekin atseginez hartuta, leihatilaren kristaletik zehar galdu zen. Lehen asko maite zituen mahasti berdeak, landa okreak, arabako herri txikiak, bitarte hartan ezezagunak egiten zizkioten.

Bilbo jaietan. Bere logelan lo egin zuen zoriontsua, atsedean hartzen. Behin-behinekoz ondo sentitu zen. Biharamunean doktoreak emandako pilulak ez zuen hartu nahi, *“zertarako?, gainera urdaia hondatzen du!”*. Amamak irratia entzun, elkarrizketa logikaz jarraitu eta egunkaria irakurri ohi zuela pentsatzen zuen bitartean, Eladiok medizina marmarka gosaldtu zuen. Gero ez zuen dutxa hartu nahi, aurpegia azkar garbitu eta emaztearekin erosketak egiteko jantzi zen. *“Eguerdian Doña Kasilda parkean bilbainadak daude, abestera joango gara gustatzen zaizkizulako”* esan zion Emiliak. Bazkaldu aurretik denbora alaia, laburra baina alaia, eskertzekoa. *“Ez dut lanik egin behar, bankurra joan, bezeroak bisitatu...?”* *“Ezetz ba, hogeitau urte daramazkizu erretiratuta, inork ez dizu ezer oparitzen, pentsio batez bizi egiten gara, jubilatutako guztiok bezala”*. *“Ez dut dirurik”*, *“gastatu duzu, tori gehiago baina ez duzu behar, alabaren etxean bazkaltzen dugu eta”*. Pazientzia haundiz, argudioz argudio, Eladiok sentitzen zuen hutsunea betetzen saiatzen zen Emilia.

Koadrilak eta txosnak leku guztietatik, kaleko iskanbila gehiegi entzuten zen. Aititek ez zuen zaratarik nahi, jendearen artean ez zekien nora joan, zer esan, norekin egon..., edo bera ere nor zen. Astiro etxera zihoazen. Bazkaldu ondoren, lasaiago, besaulkian lotan geratu zen. Handik gutxira ahotsen zurrumurrua, baxera eta beirazko ontziek egiten zuten doinu zalapartatsua entzun zuen. Inork konturatu gabe

kalera joan zen, paseo bat ematera, aurpegi ezagunaren bat topatzera, berdin zen nor edo nora. Es zuen gogoratzea lortu, *Ba al da hau Bilbo?* Taberna batean sartu bezain pronto bere hiria ahaztu eta galdera berria sortu zitzaion “*Non hartu ahal dut trena Labastidara joateko?*”. Gaitz erdi ordaintzera zihoanean familia ohartaratzeko telefono zenbaki batzuk izatea ikusi zuela zerbitzariak. Larrituta, alabak eta emazteak ertzaina deituta zeukaten,.

*“Ihes ez egiteko ezin dio esan, ez du ulertzen eta iraindua sentitzen da”* esan zuen Emiliak. *“Atea itxita utzi behar izango dugu”* gehitu zuen Martinak.

Bilboko kaleetan musika jotzen zen. Aitite amamarekin kartetan aritzera ezarri zen. Ozenki tantoak ondo zenbatzen zituena baina edozein gauzekin entretenitu egiten zen eta Emiliak bastoiak jarraitzeko gogorarazten zion.

.....

# Agustina

Celia Garai

---

Kontakizun finalista

Relato finalista

---

Siempre he sido un reportero amante de cuanto sucede en las calles de nuestra querida ciudad, y he sentido la necesidad de relatar los hechos que me han impresionado con el único deseo de transmitir una emoción honda, profunda, humana, inspiradora de una convivencia sana. Lo que hoy me empuja a escribir estas líneas es un retrato, el retrato de Agustina, pero podría llamarse también Emilia, Julia... cualquier otro nombre de nuestra geografía de la época en la que ella vivió, porque Agustina fue la metáfora que eleva la vida, y representa para mí el espejo en el que una persona puede contemplar su alma tal y como viene a este mundo, sin equipaje; tal y como se irá, con los deberes hechos.

Todo empezó el otro día, cuando un cielo plomizo y bajo, que amenazaba con descargar toda el agua acumulada en sus entrañas de espesas nubes grises, me empujó a refugiarme en la primera puerta abierta al público que encontré, y que resultó ser una galería de arte. La pintura no es mi especialidad ni poseo conocimientos suficientes como para informar de técnicas, trazos o colores; sin embargo, en cuanto crucé las baldosas del vestíbulo, topé de frente con la imagen serena de una mujer de edad cuya mirada de un intenso y brillante marrón oscuro parecía atemporal. Me sentí fascinado al instante, me acerqué, me quedé a pocos pasos

como hipnotizado por la exquisita maestría con la que había sido realizado. Sin que yo me lo propusiera, me hizo reflexionar. El arte que desprendía tenía que haber surgido de una mano amorosa, no sólo de la de un artista sino también de la de alguien que había sabido reconocer su belleza interior. Pensé que representaba una etapa de la vida por la que, sin ninguna duda, todos tendríamos que pasar. Aunque mi propia muerte me quedaba aún muy lejos, me di cuenta de que mi fortaleza y juventud no eran garantía de eternidad. Su rostro redondeado de mejillas tiernas, ligeramente ladeado, se dirigía a mí envuelto en un halo de misterio, me hablaba, aunque me costaba descifrar lo que decía. Vino alguien en mi ayuda, una muchacha que se presentó como la autora del cuadro, y que debió de percatarse del aturdimiento que me paralizaba ante su obra. Después del sincero elogio de aquel retrato que conseguí pronunciar, admitió, sin ningún asomo de petulancia, haber sido creado para homenajear a una anciana que había conocido, y que le había producido el mismo sentimiento que, seguramente, yo estaba experimentando en aquellos momentos. Lo que un torpe -adjetivo adjudicado no por falta de ingenio del pensador, sino por la inevitable impotencia que, en mi humilde opinión, envuelve el hecho en sí-, repito, lo que un *torpe* filósofo tildaría de “*futilidad de la existencia cuando no es compartida*”, insinué yo y observé cómo sus labios asentían mientras su pensamiento buscaba la manera de materializarse en sus siguientes palabras, que escuché con sumo gusto y convertí en este relato.

Agustina vivía sola en un piso del mismo edificio donde ella residía. El azar le había arrebatado pronto a sus padres, y, huérfana, conoció temprano trabajo al servicio de gentes ex-



trañas y ajenas. No se desplomó, al contrario, hizo honor a su nombre sonoro y fuerte, como el de la heroica mujer de Aragón que, un siglo antes, había peleado en la Guerra de la Independencia. Su corta edad le permitió comprender, asimilar y aceptar cuanto la rodeaba. En la gran mansión getxotarra de una familia adinerada, aprendió formas y modales que le abrieron caminos insospechados, así como algo de cocina al lado de una bondadosa cocinera que la acogió como a una hija. Al cabo de un tiempo, se atrevió a probar fortuna en París, pero la lengua fue un obstáculo contra el que se rebeló para marchar a Venezuela. En aquel país, ¿tuvo suerte o trabajó con una bella actitud y sin descanso? Sólo ella lo sabía, los demás lo suponemos, pero, en cualquier caso, hizo amigos y un poco de dinero que llegó a invertir en un pequeño restaurante, éxitos que no le libraron de cierta nostalgia por el lugar en el que había nacido. Volvió a su tierra, compró casa, buscó a un hermano del que había sido separada al fallecer sus progenitores. Por un tiempo disfrutó de familia, hizo alguna amiga en el hogar del jubilado, hasta que, poco a poco, fueron desapareciendo de su vida el puñado de personas queridas y cercanas.

Cuando la autora de aquel cuadro la conoció los recuerdos ocupaban sus días y su mente, no mostraba interés en nuevas relaciones ni en iniciar otras actividades que las que había mantenido a lo largo de su dilatada vida. *Ella era una institución para mí, me dijo. Me hacía pasar a su salita barroca repleta de fotos que ilustraban nuestro pasado compartido, dibujaba dicha y fantasía al hablar de los pretendientes que había tenido, de los bailes en la plaza del pueblo, o de las romerías a las que había acudido, del marino con quien no*

*llegó a forjar una promesa de matrimonio por su terca decisión de emigrar a un lugar lejano en busca de fortuna.* En alguna ocasión, adivinó una sombra de arrepentimiento en las húmedas pupilas de sus ojos por no haber sido capaz de decidirse por el amor, por la compañía de un hombre, o, por unos hijos, pero sus comentarios encontraban siempre la manera cuerda de alegrar la situación en aquellos breves instantes en los que disfrutaba de compañía.

En los últimos años había dejado de ir a Bilbao a bendecir los cordones de San Blas, o a comprar cacahuets a las Siete Calles; ya no hacía los pastelitos de la suerte que tanto gustaban a sus hijos, pero seguía paseando por el barrio y recibiendo, en Navidades, alguna que otra felicitación. Si antes era Agustina quien espiaba detrás de los visillos, o asomada a la ventana mientras regaba sus geranios, ahora era aquella artista la que provocaba en los niños ruido y gritos al subir o bajar la escalera para que la mujer saliera a la puerta, a charlar un ratito o a darles una chocolatina. Y, además, con acertada buena intención, se quejaba del escándalo que los pequeños armaban para oírle decir *“son niños, es normal que alboroten, a mí no me molestan”*. Jamás la oyó refunfuñar, enfadarse o quejarse. A menudo, la pintora se preguntaba cómo podía vivir tan sola, le consolaba pensar que todos los vecinos la querían y escuchaban con respeto sus anécdotas, que estaba segura en aquel vecindario. Más tarde supo que su consuelo era más imaginado que cierto.

En el rostro sonriente y acogedor de Agustina, en su andar reposado y danzarino, en su estar siempre limpia y aseada, se vislumbraba la anónima y sabrosa recompensa de quien ha vencido en duro combate contra el destino. En su vida,

no obtuvo poder, ni marido, ni hijos, ni perro de compañía, sólo el disfrute de un tiempo y un espacio, el protagonismo de una historia intrascendente, el cobijo de un manojo de recuerdos entre los que se diluía y salvaguardaba la imagen que ella tenía de sí misma.

De pronto, sin que nadie se enterara, enfermó, y no fue al médico. Se quedó en su cama a esperar sola, valiente, como siempre había hecho todo. Sólo había pedido a Dios morir en su casa y mantener la cabeza hasta el último momento. Y la mantuvo, y bien alta. Tocamos el timbre de la puerta varias veces, insistimos. Todo fue en vano.

La mujer de la que la pintora me hablaba no era pura elucubración mental ni caprichoso pasatiempo, muy al contrario, había sido real, autónoma e independiente en sus silencios, feliz y dicharachera en sus reservadas aventuras. Mientras la escuchaba, cierto escalofrío recorría mi cuerpo al pensar en las personas que, al llegar a una edad avanzada, callaban una historia, una experiencia que podría enriquecer el conocimiento que los jóvenes tienen de la sociedad en la que viven, o que ésta última, estando formada por la misma clase de seres humanos, no sea capaz de ofrecer a sus miembros otra manera de estar que la de obligarles al silencio, a la incomunicación y al aislamiento en el último tramo del camino. Y, lo que era aún peor, que *alguien*, sea hombre o mujer, rubio o moreno, de aquí o de allá, pueda fallecer sin compañía, sin la cercanía de otro ser que le sostenga la mano en la batalla final que precede a la oscuridad, -no olvidemos que agonía viene del griego y significa *lucha*-.

Al releer todo esto, cualquiera se da cuenta de que ese cierto *primer escalofrío* se convierte en temblor, en un profundo estremecimiento que se subleva y remueve los pilares de la existencia para encontrar la manera de alzarlos con materiales más sólidos, fabricados en comunidad. Nada somos en nuestra soledad, son los demás quienes nos otorgan una entidad propia que debemos conservar con dignidad hasta el postrer aliento.

Por Agustina, quizá por muchas como ella, por mí, por todos, quiere alzarse este brindis de palabras que eleva y defiende un pasar por el mundo en el recuerdo.

.....

# *Alguien tras las cortinas*

Ana de la Hera

---

Kontakizun finalista

Relato finalista

---

Dice Kirmen Uribe en uno de sus libros que los peces y los árboles se parecen en los anillos.

El anillo de los peces lo crea el invierno que es la época en la que comen menos. El hambre les deja una marca oscura en sus escamas.

Lo que para los peces es el invierno, para las personas es la pérdida. Cada pérdida es un anillo oscuro en nuestro interior.

Cuando los visillos de la ventana enfrente a la mía se mecen, y atisbo a ver muy sutilmente a mi vecina, Concha, no dejo de preguntarme cuántos anillos le habrán provocado todas las pérdidas que se le han ido acumulando a lo largo de su larga vida.

La conozco hace unos 15 años, ya tenía el pelo blanco cuando coincidimos comprando pan en la tienda al lado de nuestro edificio. Vivimos en portales continuos, pero he podido seguir sus ausencias y sus años casi en cada apertura de mi ventana de la cocina que está enfrente de la suya.

A Concha la conocí viuda, tenía dos hijos ya mayores pero que aún andaban por casa.

El paso del tiempo los llevó fuera, estudiaron, se casaron, tuvieron hijos. Lejos, vivían muy lejos de mi vecina, y las visitas

se fueron espaciando, primero unos meses, medio años y al final me percaté de que en la casa de Concha los visillos solo se mueven cuando ella se acerca a la ventana sigilosamente con esa mirada triste alza su miraday se cruza con la mía.

Nunca la reconocí como una mujer triste, al contrario, sonreía mucho y desplegaba un fino humor que aliviaba su cada día más pesada soledad.

No me di cuenta de como el tiempo fue pasando, su cuerpo pequeño se fue encorvando y su espeso pelo blanco se convirtió en cuatro hilillos plateados.

Las charlas de ventana a ventana se convirtieron en visillos meciéndose, y su mirada un día se había vuelto opaca, como si una nube se hubiese posado en ella.

Alguna vez intenté que me contara la ausencia de sus hijos, pero su mirada se ensombrecía más y callaba. No dejo de preguntarme el porqué de su ausencia, por qué una mujer, mi vecina se ha ido quedando olvidada.

Intuyo que la tristeza se le ha acumulado, y se ha vuelto un lastre. Que cada pérdida y cada ausencia la han hecho recluirse en su casa un poco más.

Me doy cuenta de que el único contacto que tiene con el resto del mundo soy yo. Y que, como sus hijos, también la he dejado sola. Porque corro de un lado para otro, trabajando, estudiando, y a veces cuando estoy acurrucada en mi cama siento un pinchazo de culpa y me prometo a mí misma que la próxima semana voy a visitarla, la voy a invitar a un café o simplemente voy a hacerle una rato compañía.

Van pasando los días y mi ajetreada vida me ayudan a olvidar a Concha, hasta la próxima vez que sus visillos de muevan.

Hoy es fiesta, abro la ventana para colgar una lavadora. Es un día tibio, ha estado lloviendo, pero en las últimas horas se dejan ver unos tenues rayos de sol. Estoy segura de que Concha va a aparecer e iniciar una conversación. Abro la ventana y no la veo, sus visillos están apartados, pero no los mueve su cuerpo.

Me doy cuenta de que hace mucho tiempo que no la veo, cuando soy consciente del tiempo que hace que no veo sus negros ojos cargados de nostalgia me asusto.

La culpa del olvido se incrusta en mi cuerpo y sin pensarlo, cojo una chaqueta, corriendo bajo las escaleras y sin resuello llego al portal de Concha al lado del mío.

Abro la puerta y subo los escalones que llegan al segundo piso. Llamo al timbre, aporreo la puerta. Cuando el susto ya ha llenado todos mis rincones y se ha posado en las paredes y las esquinas. Oigo forcejear la puerta y por una rendija veo las ojeras de Concha, la tristeza de Concha.

Creo que hasta la veo el cuerpo lleno de anillos como si fuese un pez helado y muerto de hambre.

Empujo la puerta y no pone resistencia, veo las huellas que han dejado los anillos. Está más delgada, más envejecida.

Sus pelos plateados se han vuelto amarillos pajizos, pero lo que más llama la atención son sus ojos.

Están cargados de niebla, de agua, de pena. Una tristeza infinita se ha posado en ellos.

La abrazo con ternura, y siento que con mis brazos la puedo dar un par de vueltas. Se ha vuelto etérea, como algo viejo y caduco parece que vaya a desaparecer.

Entro en casa con ella, y mi nariz percibe algo turbio, húmedo. Tal vez Concha ya no puede limpiar, pienso. Pero el olor no es de la falta de limpieza, lo tiene todo recogido, ordenado, sin polvo. El olor persiste y no logro ver que lo produce, pero cuando la miro arrugadita en una esquina del sofá, se que el olor procede de la soledad.

El vaho emerge de su figura pequeña, de su falta de comunicación, de su tristeza, de sus anillos que le han brotado de la piel.

Me dirijo a la cocina a preparar un té, y la veo recogida y cada utensilio en su lugar. Abro la nevera y está repleta de comida. Me pregunto quién hace la compra. He estado tan alejada de ella que he perdido la capacidad de ver sus necesidades.

Le llevo un té a la sala, y siento que se evapora. Mientras sopla la taza, sus manos tiemblan, estoy alerta no ruede el líquido por sus piernas.

Pregunto, pregunto qué le ocurre y por primera vez desde que la conozco rompe a llorar.

Con un desconsuelo cargado de años y ausencias.

Con voz templada, se seca los ojos y me cuenta que no sabe por qué sus hijos se han alejado.

No sabe por qué poco a poco se ha ido hundiendo entre las paredes de su casa.



No sabe por qué pasa horas y horas sola, delante de un televisor que no ve, ni escucha.

No sabe si todo tiene que ver con que sus manos tiemblan.

O con su pelo fino.

Me mira y habla, tal vez es porque soy vieja dice.

No le digo nada, le acaricio su pelo amarillo, pero, si, es porque es vieja.

Yo que la quiero, la he olvidado un rato cada día porque es vieja.

Porque con ella tengo que parar, escuchar, ralentizar mi frenético ritmo de vida.

Siento de repente un gran cansancio, una tristeza grande y oscura.

La abrazo fuerte, cojo sus manos finas, delgadas y surcadas de baches y las pongo en mi rostro mientras comienzo a llorar.

.....



# *La vida en una noche*

Silvia Romaratezabala

---

Kontakizun finalista

Relato finalista

---

Ella era Doña Ana, jamás nadie hubiese osado llamarla de otra manera. Alta, delgada, siempre seria, con su eterno luto, nadie recordaba haberla visto sonreír. La casaron muy joven con un rico empresario del que solo recibía un beso de buenas noches en la frente como mayo signo de cariño. Tuvieron dos hijos, Ana y Pablo, que escaparon de la lúgubre mansión en cuanto fueron a la universidad y conocieron otros mundos. La visitaban en Navidad y por su cumpleaños, si no tenían otros compromisos, lo cuál era muy habitual.

El jardín de la gran casona era enorme, lleno de estatuas y bancos, pero sucio y descuidado por la falta de cuidados, solo resistía un rosal con una flor delante de la puerta de la casa.

Su única compañía era la chica que hacía la limpieza y una antigua criada, la señora María, que pasaba a verla una vez por semana.

La señora María era todo lo contrario a Doña Ana. Regordeta, con una sonrisa eterna, a la que todo el mundo adoraba y cuidaba. Vivía en una modesta casa donde siempre había una cafetera preparada sobre la chapa de carbón para quién quisiese entrar y un gran tiesto de margaritas siempre en flor. No tenía familia, había dedicado su vida a servir en la gran

mansión, pero nunca se sentía sola, el pueblo entero se ocupaba de corresponder al cariño que ella les brindaba.

Por delante de la gran mansión pasaban todos los niños al ir a la escuela, pero no reparaban en la silueta oscura que los miraba tras las cortinas, quizás añorando un saludo o una señal de cariño, o los viejos tiempos donde no conoció la amistad pero si el miedo o respeto de sus vecinos.

Solo un niño volvía la mirada hacia la ventana, saludaba con la mano y sonreía, a cambio de lo cuál recibía una seria inclinación de cabeza.

Llegaron las fiestas del lugar y Doña Ana salió a dar su paseo diario, como siempre sola con sus recuerdos, elegante y con su aire de gran señora. A su vuelta a casa escuchaba la algarabía en el salón del ayuntamiento, donde estaban festejando todos los lugareños. Paró en la puerta, sin saber si los envidiaba o pertenecían a otro mundo en el que ella no tenía cabida. Al fondo vió una cara conocida, la señora María, quién le hacía gestos con la mano para que entrase. No muy convencida traspasó la puerta, insegura por primera vez en su vida, viendo alegres caras que no la miraban con rechazo, haciendo hueco para que llegase hasta la anciana criada. Sin saber como se encontró con pastel relleno de crema en una mano y una copa de vino dulce en la otra, la gente la saludaba, el mundo cantaba y bailaba al son de una orquesta improvisada, todo era especial, mágico, algo que nunca había sentido y por supuesto, nada parecido a las grandes fiestas que ella organizaba en sus tiempos de esplendor. Pasaban las horas demasiado rápido, hasta que al anochecer decidió volver a su casa.

Saludando a los vecinos fue acercándose a la puerta, volviéndose a sentir sola, y de pronto notó una diminuta mano agarrándose a la suya, asombrada miró y se encontró con la tierna mirada del niño que siempre miraba a su ventana, sintió su calor, su cariño, mientras solo decía: Yo la acompaño.

.....



# *Mis amigos los libros*

Carmen Fernández

---

Kontakizun finalista

Relato finalista

---

A mi prima Aurora le gustaba caminar por las mañanas, volver cansada con aroma a sol, reunirse con sus amigas, salir de compras y otros entretenimientos relacionados con su carácter expansivo. Con el tiempo resuelto, libre de obligaciones laborales, con un beso en la frente preguntaba a su bendito esposo si le importaba que le dejara un rato solo. Rafa siempre respondía de igual manera: “Nunca estoy sólo, cariño, me quedo en buena compañía, tengo siempre a mano mis amigos los libros”. Unos cuentan historias inventadas, otros narran viajes y otros nos enseñan cómo hay que vivir. Con tan buenos camaradas -decía- puedo adquirir conocimientos a la vez que me entretengo. De sobra conocía que la verdad no está en la mayoría de los volúmenes que se publican; hay tantas verdades como lectores acuden a los textos escritos y cada cual hace su propia interpretación.

A mi prima Aurora le atraían otras distracciones menos complicadas, que no le hiciesen pensar, bastantes problemas tenía la vida como para sufrir por calamidades ajenas. Y ocurrió que un día, como tantos otros, con las deportivas puestas, la crema protectora del sol brillando en la cara y una visera descolorida se despidió de Rafael deseándole que el libro que sostenía en sus manos fuese interesante. Cerró la puerta y aunque escuchó un ruido extraño pensó en la aloca-

da de su vecina que se dejaba caer los utensilios de cocina con frecuencia. Hacía un día espléndido y varios encuentros fortuitos hicieron que el paseo se demorase algo más de lo habitual. Entró despacito, como siempre lo hacía. Una atmósfera remota y solitaria se respiraba en el ambiente. Los brazos caídos, las manos descansadas y el cuerpo detenido por donde la muerte había pasado fue el escenario tétrico que presenció incrédula la prima Aurora. Presa del pánico salió desesperada en busca de ayuda. Demasiado tarde. Rafael había fallecido sin previo aviso, sin nada que pudiese vaticinar el fatal desenlace.

Pasó que mi prima Aurora, vestida de negro silencio, se culpaba de dejar tanto tiempo a Rafa sin su compañía. Abrumada por los primeros trámites, a la viuda se le caía la casa encima. Todo era ir y venir, abrir armarios, amontonar prendas, ordenar cajones, rasgar papeles y mirar de reojo la librería atestada de los amigos silenciosos de su difunto esposo. ¡Los amigos que él tanto quería! De nada servían los consue- los de amigas y familiares, escuchaba sus consejos, agrade- cía su compañía, pero el vacío inmenso que sentía con nada era comparable. Dos espíritus estrechamente fundidos de pronto eran mitad. Sola y desconsolada, un día se ponía las zapatillas del difunto, otro usaba su colonia, las tardes frías se abrigada con la bufanga a cuadros que fuera el último regalo por su cumpleaños. Lloraba bajito para que él no la oyera, como si aquellos gestos le transmitieran un poco de aliento para seguir viviendo.

Pasado un tiempo, más calmada, un anochecer cogió el úl- timo libro que estuvo en las manos del amor de su vida. Lo miró con curiosidad, lo acarició y leyó el título: “Hermosa



soledad”. ¡Qué ironía! Pensó. Abrió con desgana la primera página. Decía: “Sólo la firmeza suprema de la muerte puede mantener para siempre unido el abrazo”.

A mi prima Aurora, la frase le hizo el efecto de un chispazo, una bengala, un mirar el brillo de las primeras estrellas que anunciaban la noche y percibió que había llegado el momento de cambiar el rumbo de su vida solitaria. Pensó que él la miraba y sonreía, mientras gruesas lágrimas mojaban las hojas del sorprendente volumen. Con cierta facilidad terminó el libro y cogió otro, y otro más y descubrió que el hábito de leer cada día le daba serenidad. Entre sus páginas comprendió que no somos islas, nacimos seres sociales, por tanto, necesitamos relacionarnos con los demás, empatizar con los que sufren cualquier tipo de soledad. Así fue gestando su objetivo: ponerse en su lugar, importar a otras personas, estar, ser.

Poco a poco, con amaneceres plácidos y noches peores, animó su alma, sin embargo, la butaca vacía, su cama bien hecha, el sonoro silencio, el duelo callado y la desgana pertinaz permanecían presentes. Tenía que llenar el gran vacío que él había dejado “La firmeza suprema”, decía, eso es, hay estaba la clave, incrementar la energía para equilibrar su vida colmada de nada, aprender a vivir sola, sentirse útil. En su cabeza bullían las ideas.

Llegado el momento oportuno -con cierto temor a una negativa-, le invité a participar en el curso de un taller de lectura y escritura creativa. Fue un acierto hallar la tierra fértil que hiciese florecer el desierto de su espíritu desolado. La acogida cálida de alumnos veteranos, la creatividad de sus escritos, la interpretación de textos y la riqueza de la lectura que

antes despreciaba fue una revelación, algo mágico. Hasta se atrevió a componer y recitar en clase una poesía en recuerdo de Rafa y sus amigos los libros. ¡Cual no sería su sorpresa al descubrir la calma y sentimiento que ponía en cada estrofa! Dotada de una voz bien timbrada, vibrante y dulce a la vez, creyó tocar el cielo cuando los aplausos cobijaron el temeroso final.

Con el tiempo, mi prima Aurora supo que varias personas que acudían los jueves a clase se afanaban en sus ratos libres por visitar, acompañar y mitigar la soledad de mayores que vivían solos y apenas salían de sus hogares.

-Nosotros les regalamos nuestro tiempo -decían con entusiasmo-, pero los ancianos nos dan mucho más. Esperan nuestra llegada con ilusión contenida, sin embargo, al poco tiempo, la expresión de sus rostros dolientes no es la misma.

El bálsamo de aquellos encuentros, el calor que acompañaban las visitas les soltaba la lengua. Contaban sus vivencias complacidos y, tras el discurso, volvían a sentir renovada la ilusión de vivir, de interesar a alguien, de ser queridos, escuchados, tenidos en cuenta. Unos cuantos minutos a ellos dedicados representaban un preciado tesoro.

Mi prima Aurora contagiada por la generosidad del grupo, quiso formar parte de tan singulares personas. Nuevos afanes ocupaban el hueco de la soledad que tanto le mortificaba. Cada vez con mayor interés aprendía de aquellas vidas en declive, mientras la sociedad miraba para otro lado.

-Sería emotivo que recitaras algún poema sencillo, que pudieran entender -le invitaron los compañeros. Como era de esperar Aurora estaba dispuesta. La propuesta tuvo éxito

con algunos ancianos, otros sonreían en silencio. Ella sentía la felicidad que escondían en el alma aquellas sonrisas.

Cuando hablamos de todo esto, coincidimos en que, a menudo, olvidamos que son ese tipo de expresiones las que construyen el alma y la enriquecen.

.....



# *Plaza de la soledad*

Anjel Landa

---

**Kontakizun finalista**

**Relato finalista**

---

El sol del mediodía luce radiante en los muros encalados de las casas que dan forma a la pequeña plaza del pueblo. La torre de la iglesia sobresale entre las viejas construcciones de piedra. Colindante a ésta, la casa cural con su puerta de madera pintada de negro, y frente a ella un jardín descuidado que pone un tono verde en la superficie grisácea de la plaza. Las campanas que llaman a la misa de las doce rompen un silencio casi absoluto. En cada esquina de la plazuela hay un banco de hierro fundido con formas florales. En uno de ellos está una mujer sola sentada, en una postura muy tensa, que parece mirar hacia un horizonte indefinido y oculto por los edificios. Lleva el cabello suelto cubriéndole el rostro y las manos están apoyadas en su regazo. En el banco de otra esquina se han acomodado dos ancianos: uno de ellos sostiene un bastón que le identifica como una persona invidente o que tiene limitada la visión; el otro hombre se tapa la cabeza con una gorra mientras mete y saca sus manos de los bolsillos de una vieja chaqueta con movimientos agitados y nerviosos. En el banco de la esquina opuesta tres jóvenes se apoyan en su respaldo de manera informal, enajenados ante las pantallas de sus dispositivos electrónicos. La única comunicación entre ellos es gesticulante, ocasional, cuando alguno de repente da un grito y pega un salto ante los otros

dos, sosteniendo el aparato en alto y que los otros miran con cierta rivalidad y olvidando sus respectivos juegos. Un perro sin dueño deambula por los rincones sombreados esquivando el sol, decepcionado ante la falta de restos apetitosos quealgún descuidado hubiera olvidado arrojar en la única papelera de la plaza y, sin razón aparente, le ladra a un burro que está pastando tranquilamente en el jardín.

El microbús se ha detenido junto a la entrada de la parroquia, última parada del trayecto que le trae desde la capital, y un solo viajero desciende del mismo con una calma deliberada. Es un hombre de edad veterana pero vestido con estilo juvenil de ciudad, pantalones de lino, de corte amplio y color paja, camisa con diseños étnicos, botas de caña alta y un pañuelo en tonos rosa y malva anudado en el cuello. Parece que es la primera vez que llega a ese pueblo porque se queda varios minutos quieto junto a la puerta principal del templo, como si no supiera a dónde dirigirse, y colocando una mano a modo de visera sobre sus ojos escudriña los límites del lugar. De una de las calles que desembocan en la plaza, han aparecido tres mujeres que cruzan a su lado y, saludándole con un ligero movimiento de cabeza, se adentran en la fresca oscuridad de la iglesia. Un nuevo llamado de las campanas le sacude de su letargo y entonces decide atravesar la plazuela bajo el sol hacia el banco más próximo, donde se encuentran los dos ancianos que luego muestran un desinterés explícito cuando él saluda con un “buenos días, señores”. El viejo invidente o con visión reducida levanta su bastón señalando el lugar de donde proviene la voz. “Buenos días tenga usted también, forastero. Disculpe que no nos levantemos, pero por mi ceguera apenas puedo

pararme si no es con la ayuda de esta muleta. Mi compañero aquí presente ni le ha oído ni le reconocería aunque fuese el hijo pródigo, ése que vive en la capital con su familia y que sólo le visitan cuando toca el cobro de las rentas de sus tierras. Y a usted, ¿qué le trae por este pueblo perdido?”. Mientras el viejo hablaba, el viajero ha desanudado el pañuelo y seca el sudor que le humedece como rocío la frente. Con toda la consideración que le merecen los dos ancianos, éste se ha presentado como Prudencio Martínez de Quilchano, profesor de Historia en un instituto de la provincia fronteriza y escritor por afición, y que ha viajado hasta su pueblo para documentarse y escribir sobre la última guerra. “Pues, en este pueblo, salvo el Bonifacio y un servidor, no queda nadie vivo de aquellos años. Yo, poco le podría contar, pues en ese tiempo andaba de fraile en un convento franciscano y allí no teníamos noticias, ni buenas, ni malas. Y aquí el pobre Bonifacio, desde que se le enturbió la sesera, no es persona. Aunque, eso sí, como él se alistó voluntario, estuvo preso en un campo de trabajo y les quitaron algunas casas que tenía su familia en estos pueblos, él sí que podría contarle muchas historias de aquello. Pero, como le decía antes, desde que perdió la razón, más parece un olivo que un hombre. ¡Qué pena, con lo que él ha sido de buen trabajador y compañero!”

El escritor se despide del viejo poniéndole una mano en el brazo y dándole las gracias por la cortesía mostrada a pesar de los notorios impedimentos. Seguidamente, aún con escasas expectativas, se aproxima al banco de los jóvenes para preguntarles si en la escuela les hablaron alguna vez de lo que ocurrió en su pueblo durante la última guerra.

Ninguno de los tres le presta atención. Abstraídos en sus juegos, ni siquiera se molestan en responder. Seguramente sus guerras virtuales tendrán más trascendencia en sus vidas que cualquier referencia al pasado o, en el peor de los escenarios, a su propio presente. Tampoco conocerán el sentido del espíritu solidario que infundió el idealismo de los combatientes en aquella guerra que perdieron. A veces, esos comportamientos indolentes le dan pena, pero a menudo experimenta un miedo difícil de catalogar por aquellas actitudes indiferentes ante los problemas reales de la gente. Entonces, el hombre observa a su alrededor y fija la vista en el banco que sigue estando ocupado por la mujer sola, encaminándose, paso a paso, sin demasiada prisa, hacia ella.

Cuando está a poco más de tres metros, la observa con detenimiento, el cabello castaño y encrespado, un tanto despeinado, continúa escondiéndole el semblante, por lo que él no puede determinar si es una mujer joven o madura. Ella se percata de la presencia y vuelve su cara hacia él, pero sin fijarse mucho en el aspecto o en la postura firme de él, inmóvil, directamente enfocado por los rayos del sol. No es una muchacha, tampoco una señora mayor. Tendría esa edad indeterminada que algunas mujeres suelen aparentar y que las hace especialmente atractivas. A primera vista, así se lo pareció, tal vez, por sus rasgos sencillos y bastante comunes. El escritor repite la presentación que ya hiciera ante los ancianos sentados en otra esquina de la plaza, exponiéndole sus intenciones de informarse sobre la guerra, en general, y la vida en el pueblo durante el conflicto, en particular. “¿Una novela?” quiere saber ella. “No” contesta él, agregando que su propósito es escribir un guion para realizar una película.



“¿Una película?”, se sorprende ella, mirándole ahora con algo más de interés, y añade “¿Y habría una historia de amor?” El hombre mueve la cabeza para negar. “Las guerras tienen poco que ver con el amor”, concluye. La mujer se mueve en el banco, desplazándose ligeramente a un extremo del mismo, a la vez que le ofrece lugar para que él se siente.

En ese momento él ha hecho memoria de que en su introducción no le ha dicho su nombre. “Perdón por no haberme presentado antes. Mi nombre es Prudencio. Prudencio Martínez de Quilchano”. Ella sonríe, “yo soy Soledad”. “¿Cómo el nombre de esta plaza?”, antes, en la entrada de la iglesia, se ha fijado en el rótulo que hay en una esquina y que da nombre a la plazuela. “En este pueblo hay mucha Soledad”, vuelve a sonreírle y precisa, “por la devoción que hay a la virgen”. Cuando Prudencio quiere saber si ella era nacida en el pueblo, Soledad le dice que sí, pero que en su juventud se marchó a trabajar a la capital, en un comercio que vendía ropa de mujer, “porque aquí no hay mucho qué hacer si una no tiene tierras o ganado”. Allí se casaría y tendría una hija. Ahora esa hija está trabajando como enfermera en un hospital de Oslo y por sus obligaciones apenas le visita. “¿Cómo regresaste a vivir otra vez en este pueblo?”, Prudencio quiere entender los motivos que comprometieron a la mujer en ese viaje de ida y vuelta. Al principio, Soledad duda en contestar, como si tuviera vergüenza o temor de confiarse a un extraño. “Violencia de género”, dice luego. Tras las confidencias, una especie de intimidad se ha instalado entre ellos, y ambos se quedan en respetuoso silencio mientras escuchan el tañido de las campanas anunciando el momento de la consagración en la liturgia de la ceremonia religiosa.

El perro vagabundo se ha ido arrimando hasta ellos, quizá con la esperanza de que aquella conversación distendida de dos humanos le pudiera recompensar con algún regalo en forma de alimento para espantar el hambre de varios días. Los jóvenes que estaban sentados en otro de los bancos de la plaza se han movido con pasos mecánicos y vacilantes, como si los dispositivos electrónicos que sujetan con apasionamiento entre sus manos fueran quienes los impulsaran a poner un pie detrás de otro en dirección a sus casas, donde hallarán una mesa dispuesta con alimentos de verdad. Nadie dudaría que, por unos instantes, su mundo virtual se adaptará sin ningún tipo de oposición a esa realidad que les protege y les empuja a un futuro que no se puede reiniciar si el resultado del juego no es el esperado. En el parque que hay junto a la iglesia, el burro prosigue su tarea de rumiar la maleza, sin perder la paciencia ante las molestas moscas que le atosigan y que trata de espantar meneando el rabo.

“¿Sabes algún sitio donde se coma bien en este pueblo?”, una punzada a la altura del estómago le recuerda a Prudencio que no ha comido nada desde el desayuno de las seis de la mañana, antes de que saliera de su casa y tomase el microbús que le ha llevado hasta esa plaza. “Aquí sólo hay un bar. No es un restaurante como los de la capital, pero igual su dueña, que también se llama Soledad, te puede preparar algo para comer”, una sonrisa simpática se ha esbozado en sus labios. “¿Te gustaría acompañarme? Piensa que tan sólo es una invitación para comer”, le hace un ofrecimiento que tiene dos intenciones: por un lado, satisfacer la necesidad del sustento; y por otro, no terminar aún una conversación que le estaba resultando muy interesante. “Me he acostum-

brado a comer sola, me sentiría extraña y no sabría cómo comportarme”, se excusa ella. “Yo también suelo comer solo. Pero, por una vez y aunque pueda parecer paradójico, me gustaría disfrutar una comida en compañía de Soledad”. Los dos ríen por el juego de palabras. La mujer tiene una risa transparente, suave, como la melodía de una canción de cuna. “De acuerdo, me has convencido. Pero tendríamos que ir ya porque los domingos las pocas mesas de Casa Soledad suelen estar bastante solicitadas”. Las tres ancianas de antes han salido de la iglesia y transitan por un lateral de la plaza. Al verlas caminar cerca del banco, un silencio incómodo pasa entre ellos, hasta que lo rompe Prudencio al incorporarse con un movimiento ágil, alargando su brazo para que Soledad se agarre de él y se levante del banco. “Vámonos, pues, no vaya a ser que te arrepientas de comer con un profesor de historia chiflado”. Ella le va guiando a través de las manchas verdes de la plaza, bordeando la plaza en dirección a la calle que sube junto al muro que sostiene el rótulo donde se puede leer “Plaza de la Soledad”.

.....



# *Teresa*

Javier Antonio Gómez

---

**Kontakizun finalista**

**Relato finalista**

---

“Buenos días, tristeza”, sería el título adecuado para este humilde relato. Françoise Sagan me lo quitó, es decir, tiempo atrás, para su libro de gran éxito.

A medida que pasaba el tiempo me fui dando cuenta de que estaba solo. Multiplicaba mis esfuerzos para que mi memoria no olvidara como fue Teresa, mi mujer, durante sesenta años.

Casi todos los días bajo al cementerio de Santa Isabel para, apoyado junto al parterre de geranios que hermosea el panteón donde duerme, hablarle de la tristeza que me invade. La terrible soledad que siento, y lo duro que es quedarse huérfano. Cuando tu compañera se va es como si te amputasen medio cuerpo. Ya nunca serás el mismo. La soledad es como la niebla de un río de fango, que no te deja ver más allá, y te hundes. La soledad y la tristeza, Teresa, son dos venenos que no acaban de matarse. Te sientes un viajero que recorres el mundo sabiendo que en ninguna estación te esperará el pecho donde te apoyas. Reniegas de tu destino, casi culpas a la otra persona por haberte dejado tirado siendo un niño con cuerpo viejo.

Yo nunca he sido de tener grandes amigos, de socialiar con otras personas. Me bastaba con tener a Teresa a mi lado, Sí, tengo a mis dos hijos y mis cuatro nietos. No es lo mismo.

Cuando tienes cerca a tu mujer y a toda la familia eres feliz porque sus risas son tus risas. Cuando tu mujer ya no está ni vendrá jamás, te conviertes en un náufrago sin madero al que asirse. Tus hijos te dicen: sabes que tienes mi casa para lo que necesites. Yo sé que hospedar a un hombre como yo, de 82 años, terminaría rompiéndoles la vida. Así que dices, ya me arreglo solo, cuando reconoces en tu interior que no sabes ni prepararte el sustento. Recuerdo que, en las tertulias sin fin con Teresa, era normal sacar a colación el tema de qué pasará cuando uno de nosotros muera; discutíamos y siempre llegábamos a la misma conclusión: no ir a vivir con ningún hijo.

Hay días que veo pasar los trenes y valoro como solución ponerme delante de alguno. Incluso he revisado las mallas protectoras para encontrar el sitio con mejor acceso a las vías. He hecho esto sabiendo que nunca llevaré a cabo tal cosa...por amor a Teresa y respeto a mis hijos.

La verdad que no sé dónde dirigirme para pedir ayuda moral que necesito. La iglesia no es mi solución porque los curas no entienden, o eso creo yo, sobre qué siente un hombre cuando ha perdido lo que más quería y, la verdad, las bendiciones no me sacan de mi soledad y mi angustia.

Hoy he ido a psicóloga. En realidad, lo que buscaba es poder contar a alguien la tristeza que me atormenta. He escuchado durante una hora sin intervenir, mientras sus ojos miraban escrutadores. He marchado animado a pesar de no llevar pauta alguna para aplicar a mi dolor. La confesión, sin penitencia, me ha costado 100 €.

También ha pasado por mi mente adoptar un perro que me haga compañía. Lo he desechado porque lo que creo necesitar es calor humano. Pero ¿dónde encuentro ese calor!

Los ansiolíticos han hecho su aparición en mi vida. Estas pastillas, por su pequeñez, parecen inofensivas. Dudo mucho que sean mi solución.

Necesito hablar con la gente. Pero una cosa que parece fácil, para mí es lo más difícil, ya que soy viejo, y los viejos somos fantasmas a los que nadie ve. Suelo viajar en el tranvía sólo con la intención de entablar conversación con alguien. No funciona. Recorro los bancos de las plazas con la intención de encontrar compañeros para pasear, pero las cuadrillas están formadas y yo soy un extraño que parece no aportar nada.

Hoy he vivido una situación surrealista a primera vista: Cuando estaba regando el parterre, como tantos días, se ha acercado una señora mayor que yo por su apariencia. De sopetón ha soltado una parrafada que me ha costado un rato darle forma en mi memoria.

La situación ha sido más o menos así:

- Eres viudo, ¿verdad?

- He contestado, Si, por qué?

Verás...Tengo una amiga viuda a la que no le importaría hablar contigo, ya que se siente muy sola. Podéis conoceros y ver qué pasa.

- Qué pensaría Teresa de esta oferta. - Gracias, no estoy mentalizado para algo así, he contestado-. Además, Teresa y yo, nos juramos un amor hasta el final.

Se ha despedido diciendo: Perdona mi atrevimiento.

Qué dirían mis hijos si me vieran con otra mujer. Seguro que dejarían de hablarme y con ello perdería los besos de mis nietos. Me hundiría en el río de fango sin retorno posible.

No sé cocinar. Nunca preté atención a los consejos de Teresa cuando me decía que entrara en la cocina para ver cómo se hace esto y lo otro. Nunca creí que me tocaría, y daba fin a los consejos con una carantoña. Ahora estoy frente al puchero mirando de reojo el pequeño televisor para ver cómo cocina las alubias una cocinera. Desgrana la receta en un programa para atolondrados como yo. Unas veces como las legumbres duras y otras en puré. Voy subsistiendo con los guisos que me traen mi hija Irati y mi nuera Edurne.

Reniego de mi presente y temo al futuro en el interior de estas paredes que, un día vieron nuestra felicidad.

Si encontrara un lugar donde personas como yo pueden socializar abiertamente sin ser juzgado, me agarraría como a un último salvavidas.

Sacaré fuerzas de mi flaqueza. Te lo prometo, Teresa.

.....












**ADIN NAGUSIKOEN GIZA BOLUNTARIOTZA**  
**VOLUNTARIADO SOCIAL DE MAYORES**

**Cubo, 1 bajo dcha. 01001, Vitoria-Gasteiz**  
**(ARABA- ÁLAVA)**

**Babesleak / Patrocinadores:**

**Vital**  
FUNDACIÓN · FUNDAZIOA

 **Asociación de Comercio**  
**Zona Gorbea**  
**Gorbea Gune**  
**Merkataritza Elkartea**